

estudios avanzados

10 • 2008 • 49-69

## Weber-Marx: avatares de un diálogo intelectual

María Celia Duek

*Facultad de Ciencias Políticas y Sociales**Universidad Nacional de Cuyo*

**RESUMEN.** Se ha dicho con frecuencia que Max Weber, como muchos otros sociólogos, desarrolló gran parte de su obra en diálogo con Karl Marx. Este diálogo, explícito algunas veces e implícito otras, conduce a Weber a la construcción de un sistema teórico cualitativamente diferente e incluso opuesto al del fundador del materialismo histórico. Partiendo de esta idea, este artículo examina algunas de las características fundamentales de ese debate intelectual e identifica los ejes filosóficos, metodológicos y teórico-sociológicos en torno a los cuales se construye (objetividad, papel del individuo, concepto de Estado, concepción del capitalismo y del socialismo, etcétera).

**PALABRAS CLAVE.** Weber, Marx, materialismo histórico, teoría sociológica clásica, sociología comparada.

**ABSTRACT.** It has been said frequently that Max Weber, like many other sociologists, developed great part of his work in dialogue with Karl Marx. This dialogue, explicit some times and implicit others, leads Weber to the construction of a theoretical system qualitatively different and even opposed to the one of the founder of historical materialism. Starting off this idea, this article examines some of the fundamental characteristics of this intellectual debate and identifies the philosophical, methodological and theoretical-sociological axes around which it is constructed (objectivity, role of the individual, concept of State, conception of capitalism and socialism, etc.).

**KEYWORDS.** Weber, Marx, historical materialism, classic sociological theory, compared sociology.

Max Weber tuvo acceso, al menos parcialmente, a la obra de Marx. Leyó parte de su producción y emprendió hacia ella una de las primeras y más perdurables críticas elaboradas desde la sociología. Desde que Albert Salomon

escribió que Weber se convirtió en sociólogo «a través de un largo e intenso debate con el fantasma de Marx» (Salomon, 1945: 596), fueron muchos y destacados los intelectuales que sostuvieron que Weber desarrolló gran parte de su obra en diálogo con Marx.

Retomando esta tesis, pero intentando a su vez avanzar más allá de ella, emprendimos una larga y ardua investigación con el objetivo principal de identificar y precisar cuáles son los núcleos temáticos del mencionado debate intelectual. En este artículo quisiéramos exponer algunas de las conclusiones de dicho trabajo.

\*\*\*

Antes de adentrarnos en el análisis específico de las distintas dimensiones en torno a las que se edifica esta relación intelectual, conviene detenernos en algunas constataciones previas.

1. El examen pormenorizado de la obra de Weber muestra que el consabido «diálogo» con Marx no se circunscribe a alguna de sus obras sino que tiene una *presencia constante* en la reflexión weberiana, atravesando toda su producción, desde el temprano estudio sobre los trabajadores rurales, de 1892, hasta el *Curso de historia económica general* de su último año de vida (1919-1920). Evidentemente, en algunos textos tiene un protagonismo mayor que en otros, pero en términos generales puede decirse que el pensamiento de Marx constituye una preocupación permanente y nunca abandonada en la trayectoria de Weber.

2. Una segunda constatación es que Weber no se vincula con las ideas de Marx para apropiarse de ellas, *continuarlas* y finalmente *superarlas*, sino que en general tiende a exhibir sus «límites» y a presentar una interpretación verdaderamente *alternativa*. Weber refuta las tesis esenciales del materialismo histórico y propone su rechazo categórico (al menos respecto de la formulación que ellas tienen en el *Manifiesto comunista*). Su discurso se inscribe en una *problemática diferente* y hasta opuesta a la de Marx y Engels, de modo que su obra no representa, como a veces se pretende, una «complementación» de la de Marx. Si las posiciones de clase desde las que Marx y Weber elaboran sus discursos son distintas, también son fuertemente diferentes sus esquemas teóricos. Lejos de la idea, sostenida por algunos especialistas, de que ambos clásicos tienen concepciones de la sociedad y herramientas conceptuales similares, mientras que difieren en la posición práctica que adoptan, en sus valores, metas y puntos de vista de clase y en las propuestas para la acción política que de ello se deriva, sostenemos que no sólo las posiciones políticas de estos pensadores son muy diferentes sino que también lo son sus respectivas propuestas teóricas.

3. Si hemos afirmado que la producción weberiana denota una preocupación persistente por las ideas marxistas, esto no quiere decir, sin embargo, que Weber demuestre un *conocimiento profundo* de la obra de Marx y Engels.

Un dato a tener en cuenta es que algunas de las obras de Marx y Engels se publicaron después de la muerte de Weber (*Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, *Manuscritos económico-filosóficos*, *La ideología alemana*, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*). Pero además de este hecho, que obviamente determina un conocimiento parcial o fragmentario de los escritos que Weber pudo haber conocido, sólo menciona explícitamente cuatro: *El manifiesto comunista*, *Miseria de la filosofía*, *El capital* y *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. E incluso cabe decir que el conocimiento de éstos es disímil.

De la conferencia sobre el socialismo que Weber dio en Viena en 1918 se deduce que hizo una lectura detenida del *Manifiesto comunista*. Sin embargo, no podemos asegurar lo mismo respecto de *El capital*, la obra de mayor alcance teórico de Marx. «Weber no leyó *El capital*, o al menos no se le nota», dijo Atilio Borón en las jornadas internacionales sobre Weber celebradas en el 2005 en la Universidad de Buenos Aires, seguramente exagerando un poco para provocar a la audiencia weberiana. Pero aún exagerando, su afirmación no deja de contener algo de verdad. Siendo que además de jurista, sociólogo e historiador, Weber fue también economista, no hay indicios en su producción de un interés serio por la teoría «económica» expuesta con tanta minuciosidad en los tres tomos de *El capital* (por el concepto de «plusvalía», por ejemplo).

En realidad, lejos de evidenciar un conocimiento profundo, el debate de Weber está dirigido a ciertas ideas fundamentales y muy difundidas del pensamiento marxista, e interpretadas incluso de manera un tanto simplificada.

\*\*\*

Hechas estas precisiones, estamos ahora en condiciones de señalar cuáles son los «puntos nodales» del diálogo de Weber con el materialismo histórico, cuyo tratamiento da cuenta de la *condición irreductible* de estos dos enfoques teóricos.

1. La más recurrente y, desde nuestro punto de vista, principal crítica de Weber al marxismo clásico alude a la cuestión del carácter marcadamente *materialista* de sus explicaciones. La interpretación marxista de la historia es —según Weber— «unilateralmente materialista», en tanto postula una determinación exclusiva por lo económico, o bien *sobrevalora lo económico* privilegiando en exceso este tipo de factores. En todas las etapas de la producción weberiana está vigente esta discusión con la tesis materialista de la determinación económica en última instancia.

El enfoque «antideterminista» y la postulación de la «pluricausalidad» van a constituir, por ejemplo, el punto de partida de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. El propósito de este trabajo es determinar el influjo de ciertos ideales religiosos (los del protestantismo ascético) en la constitución de una «mentalidad económica» e indirectamente del capitalismo (Weber, 2003b), es decir, descubrir las bases no económicas que *coadyuvaron* al nacimiento del capitalismo europeo. De alguna manera, lo que se propone Weber con este análisis es «ir más allá» del análisis clásico que el marxismo había hecho de la formación del modo de producción capitalista.

En términos generales, cabe decir que Weber reconoce el valor del punto de vista económico como «hipótesis», como «principio heurístico» o como «contribución preliminar», pero lo rechaza como esquema general, como «método universal», «cosmovisión» o denominador común de la explicación de los fenómenos culturales. En este sentido, el intento de subrayar siempre la supremacía de lo económico deviene *dogmático*.

Liberados como estamos de la fe anticuada en que todos los fenómenos culturales pueden ser deducidos, como producto o función, de constelaciones de intereses ‘materiales’, creemos, sin embargo, que el *análisis de los fenómenos sociales de los procesos de la cultura* desde el especial punto de vista de su condicionamiento y alcance *económicos* ha constituido, y constituirá para el futuro previsible, un principio científico sumamente fecundo, en caso de que se lo aplique con circunspección e independencia a cualquier estrechez dogmática. La denominada ‘concepción materialista de la historia’, como *cosmovisión* o como denominador común para la explicación causal de la realidad histórica, ha de rechazarse de la manera más decidida; no obstante, uno de los fines más esenciales de nuestra revista es la *interpretación económica de la historia* (Weber, 1990a: 57-8).

Para Weber no hay ninguna posibilidad de otorgar primacía causal o de reconocer un aspecto determinante en última instancia. Sobre la condicionalidad de distintos géneros de fenómenos sociales entre sí nada general cabe afirmar a priori, sostiene. Al «dogmatismo» de todo materialismo o idealismo consecuentes, Weber le opone un método «empírico» que desconoce todo tipo de generalizaciones respecto de las relaciones de determinación entre fenómenos y destaca la insustituible necesidad de análisis históricos concretos.

Pero como lo demuestran muchas cartas de Engels (carta a Schmidt del 27 de octubre de 1890, carta a Bloch del 21 de setiembre de 1890, carta a Borgius del 25 de enero de 1894), los propios fundadores del materialismo histórico ya recusaban la aplicación dogmática de la teoría y la sobreestimación del aspecto económico. Como cualquier teoría, la marxista puede ser aplicada dogmáticamente, pero ello no es algo intrínseco a su configuración. Weber sin embargo no discrimina en este aspecto entre la complejidad del

pensamiento de Marx y Engels y la vulgarización y tergiversación que sufre en manos de algunos seguidores, que imaginan que el elemento económico es el «único» determinante de la historia.

Permanentemente Weber pone en tela de juicio la representación de la sociedad mediante la figura de la *infraestructura/superestructura* contenida en el prólogo de Marx a la *Contribución a la crítica de la economía política*. En *Economía y sociedad* se acumulan los intentos por mostrar la «lógica propia» o autonomía de las esferas no económicas, como el derecho, la política o la cultura, respecto de la economía; del orden social (estamental) respecto del orden económico; de los partidos políticos respecto de los intereses de clase. Al ocuparse de la relación entre economía y derecho, dice:

En ciertas circunstancias, un 'orden jurídico' puede seguir sin modificación alguna a pesar de cambiar radicalmente las relaciones económicas. Teóricamente, y en la teoría se opera por conveniencia con ejemplos extremos, podría llevarse a cabo un orden de producción 'socialista' sin el cambio de nuestras leyes, incluso de un solo artículo, si se piensa que se llega a una adquisición sucesiva de los medios de producción por el poder político por vía de libre contratación (Weber, 1999: 269).

Dicha afirmación constituye una frontal objeción a la tesis de Marx de la relación entre la estructura económica y la superestructura jurídico-política e ideológica y de la subordinación, en última instancia, de la segunda a la primera.

Al final de su vida Weber sintetiza su posición frente a la concepción materialista de la historia advirtiéndolo:

La historia económica (y de modo pleno la historia de la 'lucha de clases') no se identifica, como pretende la concepción materialista de la historia, con la historia total de la cultura. Ésta no es un efluvio, ni una simple función de aquélla; la historia económica representa más bien una subestructura sin cuyo conocimiento no puede imaginarse ciertamente una investigación fecunda de cualquiera de los grandes sectores de la cultura (Weber, 1997: 17).

En otras palabras, la historia de todas las sociedades no es —como anuncia *El manifiesto comunista*— la historia de la lucha de clases (Marx y Engels, 1998: 96). Éste no es más que un aspecto de la historia, importante, pero tanto como lo pueden ser otros.

2. Una segunda dimensión del debate con Marx atañe al principio acuñado por Weber de la *neutralidad valorativa*. Aunque no bajo esta enunciación, este problema aparece prontamente entre las preocupaciones del autor. Desde la lección inaugural de 1895 (*El Estado nacional y la política económica*) se rebela

contra la orientación de la ciencia por intereses de clase y el intento de fundamentar «objetivamente» la acción política.

Sucede que Marx y Engels, lejos de pretender una ciencia neutral, han elaborado sus conceptos desde una perspectiva de clase. Para decirlo en otros términos, han actuado en su práctica teórica como intelectuales orgánicos de la clase obrera.

El pensamiento de Marx se ha formado en el interior del movimiento obrero existente, y su análisis del capitalismo está intrínsecamente unido a su proyecto político. Buena parte de la obra de Marx constituye una «crítica de la economía política», crítica indisociable de un punto de vista de clase (proletario), crítica orientada a combatir la economía política «burguesa» y al mismo tiempo el capitalismo como modo de producción basado en la explotación de una clase por otra. Y esto es justamente lo que inquieta a Weber: una economía política —piensa— si aspira a ser científica, no puede guiarse por ideales de modos de producción (comunista versus capitalista), ni puede procurar fundamentar objetivamente el rumbo político a seguir (Weber, 2003a: 33).

Si Marx no abandona el terreno de la lucha de clases obrera, ni siquiera en obras teóricas como *El capital*, Weber, contra ello, invita a construir una ciencia social «libre de valores», en la que no se confundan intereses teóricos y políticos.

En sus investigaciones de 1908-1909 sobre el trabajo industrial (*Introducción metodológica para las encuestas de la Asociación de Política Social sobre selección y adaptación de los obreros en las grandes fábricas*, *La psicofísica del trabajo industrial*), cuyo objetivo es examinar qué variables o factores hacen que el rendimiento laboral de los obreros sea mayor o menor, Weber reitera la exigencia de un examen «neutral» de su objeto. El análisis deber ser científico u «objetivo», omitiendo juicios valorativos.

En efecto, uno de los ejes de la confrontación de Weber con Marx (y con el marxismo en general) apunta a lo que él considera una concepción «normativa» de la historia. Los marxistas toman posición, toman partido, o en el lenguaje weberiano, introducen «juicios de valor». En cambio para Weber:

La 'Verein für Sozialpolitik' se sitúa, en esta encuesta, en el terreno de un objetivo exclusivamente científico. [...]. No se trata de cómo haya que 'juzgar' la situación social de la gran industria ni de si la situación en la que la gran industria coloca a los obreros es agradable o no, ni de si alguien tiene la 'culpa' de estos aspectos desagradables y quién sea ese alguien; se trata exclusivamente de establecer objetivamente hechos y de indagar si tienen fundamento en las condiciones de existencia de la gran industria y en las características de sus obreros. Y los hechos que se pretenden determinar no residen tampoco en terrenos ni conducen a problemas que puedan ser acometidos con los instrumentos de la legislación [...] La 'Verein' no piensa en que la encuesta suministre, por

ejemplo, material para emitir un juicio 'moral' sobre los implicados, sean los empresarios o los obreros. Estos propósitos no servirían de ninguna manera a la neutralidad científica de esta investigación. Todo el problema de que aquí se trata es, atendiendo a su propia naturaleza, un problema totalmente neutral desde el punto de vista de la política social (Weber, 1994: 27-28).

En tanto para la teoría marxista el concepto de *productividad* es inseparable del de *lucha de clases*, y la cuestión de la duración de la jornada de trabajo y del salario no son cuestiones de productividad sino de lucha de clases; para Weber el problema de la selección y adaptación de los obreros en las grandes fábricas y el del rendimiento laboral son problemas totalmente *neutrales*. Pero hay que decir también que, desde la consideración marxista, la perspectiva de la rentabilidad, propuesta por Weber, no es «neutral», sino que, muy por el contrario, es la perspectiva de la clase interesada en la rentabilidad, es decir, la capitalista.

En síntesis, para Marx las fuerzas productivas no existen *separadas* de las relaciones de producción y por tanto los mecanismos técnicos de la producción se encuentran sometidos a los mecanismos (*de clase*) de la *explotación* capitalista. En cambio, Weber escamotea la lucha de clases, por decirlo de algún modo, y propone un estudio *técnico*, desde un punto de vista estrictamente «científico», de la gran industria moderna. Tal como nosotros lo vemos, aunque Weber pretenda excluir del análisis científico toda «toma de posición», toda «posición de clase», esto no es posible. El tipo de preguntas que guían la investigación de Weber en estos trabajos de 1908-1909 expresan de alguna manera la posición burguesa que en otros lugares Weber reconoce tener.

Por último, en 1917 Weber dedica todo un ensayo, *El sentido de la «neutralidad valorativa» de las ciencias sociológicas y económicas*, a desarrollar este postulado de la neutralidad axiológica que lo distancia del enfoque clasista de la teoría marxista (punto de vista del proletariado), de su *carácter normativo* (en el sentido de que contiene una crítica al modo de producción capitalista y una propuesta de organización socialista de la sociedad), y de sus «*profecías*» sobre el futuro (ocaso de la economía privada, dictadura del proletariado y desaparición del dominio del hombre sobre el hombre).

El desacuerdo no es menor ni puede ignorarse, en tanto es el que conduce a algunos pensadores, como el profesor weberiano Julien Freund, a establecer una contraposición entre sociología *científica* y sociología *reformatora*, encontrando en Max Weber un representante de la primera y en Marx, Comte o Spencer exponentes de la segunda. La sociología de Weber, dice Freund,

supuso un verdadero giro en la historia de esta disciplina, que se convierte en una ciencia positiva y empírica. A pesar de las protestas de fidelidad al espíritu científico [...] las diversas sociologías del siglo XIX fueron mu-

cho más doctrinales que científicas [...] Tenían, ante todo, la pretensión de modificar la sociedad existente. Más exactamente, estas sociologías eran más reformas que ciencia. El análisis del ser y de la realidad sólo suponía un pretexto que debía aprovechar el deber-ser y servir los planes de la transformación social (Freund, 1986: 14-15).

3. La concepciones de Weber y Marx sobre la naturaleza de los conceptos y «leyes» de la ciencia conforman otro eje conceptual importante. Para el materialismo la realidad determina su conocimiento: éste no es una construcción arbitraria del investigador sino que representa o *reproduce* lo real. La teoría weberiana de los *tipos ideales* objeta esto que algunos han llamado «realismo materialista», y ofrece una imagen distinta de la relación entre concepto y realidad.

Esta teoría le sirve a Weber para *relativizar* el valor de los conceptos teóricos marxistas, al «degradarlos» —diría Engels— a la calidad de ficción, al insistir en su naturaleza *relativa, instrumental y transitoria*. Pero un examen detallado de esta dimensión lo hemos desarrollado en otra parte (Duek, 2007), y por razones de espacio no podemos detenernos aquí en ello.

4. Una última dimensión metodológica del debate está dada por el *individualismo* de la sociología weberiana. Contra las corrientes que analizan lo social partiendo de un todo, Weber bosqueja, después de 1910, una sociología centrada en el *actor*, en el *sentido* mentado y subjetivo de sus acciones, en los *motivos* que determinan que se conduzca de tal o cual modo.

El hecho de que encuentre en la *acción social* (acción a la que el sujeto le enlaza un sentido subjetivo, que está referido a la conducta de otros) el objeto de la sociología no es accidental, sino que tiene que ver con su filosofía de la historia. Para Weber, la existencia humana es creación y afirmación de valores a partir de elecciones o decisiones de los individuos.

Una concepción materialista de la historia, en cambio, que entiende a ésta como el producto de *contradicciones sociales que trascienden a los individuos*, de relaciones que están «sustraídas a su control y a sus actos individuales conscientes» (Marx, 1982a: 55) y que son independientes de su voluntad, no puede nunca considerar a estas acciones individuales como el punto de partida u objeto de la ciencia histórica. El objeto son aquí los modos de producción, o a un nivel más concreto, las formaciones sociales o, también, las distintas formas de la lucha de clases. El interés está en comprender las leyes del movimiento social, «*leyes inmanentes de la producción capitalista*», que «se imponen como otras tantas *leyes imperativas de la concurrencia* y [...] se revelan a la *conciencia* del capitalista individual como *motivos propulsores*» (Marx, 1982a: 254).

La sociología weberiana representa un quiebre con esta actitud metodológica que no es posible soslayar. En *Sobre algunas categorías de la sociología*



*comprensiva* y en las primeras páginas de *Economía y sociedad* (donde con una nueva redacción se insiste en la misma idea) Weber es rotundo:

La sociología comprensiva (en nuestro sentido) trata al individuo aislado y a su obrar como la unidad última, como su 'átomo', si es que se nos admite esta peligrosa comparación. [...] El individuo constituye, para ese modo de consideración, el límite y el único portador del comportamiento provisto de sentido. Ningún giro expresivo que parezca apartarse de él puede enmascarar este hecho. Pertenecer a la índole, no sólo del lenguaje, sino también de nuestro pensamiento el que los conceptos con que es aprehendido el actuar hagan aparecer a este con el aspecto de un ser fijo, de una formación semejante a una cosa o a una 'persona' que lleva vida propia. Lo mismo sucede, y hasta particularmente, en la sociología. Conceptos como 'Estado', 'feudalismo', 'corporación' y otros parecidos designan, para la sociología, en general, categorías que se refieren a modos determinados de actuar en sociedad, y por lo tanto su tarea consiste en reducirlos a un actuar 'comprensible', lo cual significa, sin excepción, al actuar de los hombres participantes (Weber, 1990b: 187-8).

Creemos importante reparar en el contraste entre el método de Marx, que «no arranca del hombre, sino de un periodo social concreto», y el de Weber, que «trata al individuo aislado y a su obrar como la unidad última, como su 'átomo'», pues esta diferencia subyace y condiciona otros aspectos teóricos del debate (concepto de clases sociales, concepto de poder, concepción de la actividad política).

Desde la perspectiva individualista de Weber, los colectivos se reducen en definitiva a los individuos que los componen y sus acciones. La nación, el Estado, la burocracia, la familia, las clases, no constituyen como en la teoría marxista *estructuras supraindividuales*, sino que existen solamente como desarrollo y entrelazamiento de acciones de *personas particulares*. Tratar a esas formaciones como sujetos capaces de acción es caer en un falso o equívoco «realismo conceptual» o «sustancialización de los conceptos» (Weber, 1999: 22).

Con su «individualismo metodológico», el autor de *Economía y sociedad* se dispone a «exorcizar el fantasma todavía vivo de los conceptos colectivos», tan caros a la tradición marxista (piénsese en sus conceptos de clase, formación económico-social, ideología, Estado, infraestructura económica, etcétera).

5. Otro núcleo que nos permite organizar y sistematizar la relación Weber-Marx está referido a categorías fundamentales de la ciencia social como clases, Estado o poder. También es en esta última década (1910-1920) que Weber se encarga de definir sociológicamente estos conceptos, brindando una conceptualización alternativa a la del marxismo clásico.

Una lectura rápida de la concepción de las clases de Weber puede llevar

a pensar que su desarrollo no difiere demasiado del de Marx, ya sea porque define las clases en términos económicos, o porque encuentra en la propiedad y no propiedad (o posesión-no posesión) categorías fundamentales de las situaciones de clase, o por sus repetidas referencias a la separación del trabajador de los medios de producción en la empresa moderna.

Sin embargo, desde nuestra mirada esto es sólo la apariencia. El examen de los textos nos muestra que las divergencias son mucho más significativas o, mejor dicho, que esos elementos se insertan en una estructura teórica cuya dirección dominante es diferente a la de la problemática marxista de las clases.

Resumiendo, tres cuestiones básicas oponen ambas teorías. Una es el *modelo tridimensional* de estratificación que compone Weber en *Economía y sociedad*. Las «clases», que se constituyen en la esfera de las relaciones económicas (y que remiten, más concretamente, a la posición ocupada en el mercado, según la posesión o no posesión de bienes y servicios y la manera de utilizarlos), no son desde la perspectiva weberiana la *única* forma de abordar la división de la sociedad. Junto a la división en clases puede postularse, paralelamente, la división en estamentos (grupos de estatus, formados en la esfera de las relaciones culturales y sociales) y partidos (formados en el ámbito de las relaciones políticas). En otras palabras, el poder económico y su distribución (clases) no son para Weber la base única y determinante de la estratificación social, pues las diferencias sociales y políticas pueden ser tan primordiales como aquélla.

Esto supone una primera gran diferenciación con la perspectiva del materialismo histórico, para el que las relaciones de clase son centrales en las divisiones sociales y no existen grupos *externos* a las clases, *al margen* o *por encima* de ellas. Al yuxtaponer a las clases económicas los estamentos (sociales) y los partidos (políticos), Weber le resta importancia a lo que conforma la médula del análisis marxista: la división en clases y la lucha de clases.

Un segundo aspecto en el que el análisis de Weber difiere de la manera en que el marxismo se representa a las clases sociales es el de su relación con la «lucha de clases» o, en un léxico más weberiano, con la *acción de clase*.

En general (salvo excepciones), para la teoría marxista las clases sociales no existen *primero*, como tales, para entrar *después* en la lucha de clases. *Clases* significa en un único y mismo movimiento contradicciones y *lucha de clases*, más allá de las formas diversas que ésta puede asumir. En cambio, todo el pensamiento no marxista, a partir de Weber, tiende a escindir o a mostrar la relación contingente entre estas categorías.

Según lo entiende Weber, las clases no son comunidades, «sino que representan solamente bases posibles (y frecuentes) de una acción comunitaria» (Weber, 1990: 683). La acción comunitaria y la asociación de los interesados clasistas (asociaciones de clase) no ocurren de un modo *necesario* a partir de la existencia de clases y situaciones de clase.

La clase solamente indica el hecho de situaciones típicas de intereses iguales, o más bien semejantes, en que se encuentran ciertos individuos (situación de clase). Para que se genere una acción clasista no es suficiente la desigualdad en las probabilidades de vida de diferentes grupos humanos; se requiere además de las condiciones intelectuales que permitan reconocer por un lado el carácter condicionado de los contrastes y, por otro, la necesidad de organizarse en una asociación racional.

En tanto «situación de clase» y «clase» sólo aluden a situaciones típicas de intereses semejantes en las que se encuentran diversos individuos, y éstos pueden perseguir esos intereses en direcciones muy diferentes, la existencia de clases entonces no conduce necesariamente a la lucha de clases. Así, el papel que le otorga el marxismo a la lucha de clases como «motor de la historia», queda desde esta perspectiva bastante desvanecido.

A diferencia del pensamiento materialista, no hay en este sistema teórico un «interés colectivo» definible a partir de prácticas económicas colectivas que motive la reacción de los pertenecientes a una clase; lo que existe, en cambio, es la presencia simultánea de *intereses personales semejantes* en el *promedio* de los sujetos que ocupan la misma posición. Además, «dada la misma posición de clase y aun las mismas circunstancias, la dirección en la cual cada trabajador persigue su interés puede ser muy diferente según esté, en virtud de sus aptitudes, alta, mediana o pésimamente calificado para la obra que tiene que realizar» (Weber, 1999: 685). En función de esto, Weber rechaza el uso equívoco de los conceptos de «clase» y de «interés de clase», en clara alusión a los intelectuales marxistas (véase Weber, 1999: 686).

El tercer factor a señalar es que, con la eventual solidaridad de intereses de las clases lucrativas (contrarias a las rentistas), las relaciones de clases entre trabajadores y empresarios, por ejemplo, dejan de ser vistas en Weber como relaciones de *explotación*. Sobre esto, coincidimos con Erik O. Wright cuando observa:

Si los marcos teóricos se identifican por sus silencios tan fuertemente como por sus proclamaciones, entonces una de las características distintivas del análisis de clase en la tradición weberiana es la virtual ausencia de un concepto sistemático de explotación. Nada captura mejor el contraste central entre las tradiciones marxista y weberiana de análisis de clase que la diferencia entre un concepto de clase centrado en el problema de las oportunidades de vida en Weber y un concepto arraigado en el problema de la explotación en Marx. Esto no significa que Weber ignore completamente algunos de los problemas sustantivos vinculados al problema de la explotación (Wright, 2002: 832).

Podríamos decir que estas diferencias teóricas tienen implicancias en las perspectivas políticas y, al mismo tiempo, están determinadas en última instancia por las posiciones de clase divergentes desde las que formulan sus teo-

rias Marx y Weber. Es desde el punto de vista del proletariado que se pueden pensar las relaciones de clase en términos de contradicciones irreconciliables y de explotación, mientras que desde el punto de vista de la burguesía, las divisiones entre las clases productivas del capitalismo no necesariamente exhiben ese carácter de insuperable antagonismo. En consecuencia, mientras que para el marxismo las contradicciones de clases sólo pueden ser superadas con la abolición del régimen de propiedad burguesa del capitalismo y su sustitución por una sociedad en la que desaparezcan las diferencias de clase y se concentre la producción en manos de los individuos asociados, Weber añora y cree posible una colaboración entre las clases que aprovechan «productivamente» sus bienes y servicios para la obtención de ingresos: por ejemplo, en Alemania una colaboración entre obreros y capitalistas, en un frente que defienda el desarrollo económico nacional.<sup>1</sup>

6. Junto al de «clases», el otro concepto sustancial de la teoría sociológica para el que Weber propone una definición distinta a la de Marx y Engels es el de «Estado». En sus distintos escritos, el Estado es analizado con independencia de la lucha de clases. Ya desde la primera fase de su producción (en la lección de Friburgo de 1895), Weber refuta la concepción materialista del Estado como «superestructura», como «forma de organización de las clases económicamente dominantes».

El marxismo clásico (Marx, Engels) coloca el fundamento del Estado en las relaciones de dominación de clase. Se plantea el problema de *quién ejerce el poder político* y de tal forma produce una reversión radical del antiguo problema del *fundamento del poder político* (que se expresaba como problema de la «soberanía» y de su origen: ¿del pueblo, de dios, o de una combinación de ambos?) y de los términos de su legitimación.

En *El Estado nacional y la política económica*, la visión de Weber es contraria a esa representación. Para él las clases dirigentes pueden y deben poner los intereses permanentes del poder de la nación por sobre cualquier otra consideración. El Estado es el portador de los *intereses de la nación*. El Estado nacional es la organización terrenal del poder de la nación, y en él la *razón de Estado* constituye el criterio de valor último.

La disposición para los intereses específicamente políticos —dice— no anida generalmente en la gran *masa* de la nación, ocupada en la lucha por la subsistencia.

[Pero] en determinados momentos de excepción, en caso de guerra, tam-

---

1. Igualmente, esto no significa que las divisiones de clase puedan anularse bajo el régimen capitalista. Para Weber dichas divisiones son inevitables en todos los sistemas, incluida una supuesta sociedad socialista, porque resultan de un proceso necesario de «competencia» entre individuos (que puede ser «pacífica» y estar regulada por un determinado orden legítimo) y de consiguiente «selección».

bién las masas toman conciencia de la importancia del poder nacional; entonces se pone de manifiesto que el Estado nacional se asienta sobre profundas bases psicológicas, aun en las capas económicamente oprimidas de la nación, y que de ningún modo se trata tan sólo de una 'superestructura', de la forma de organización de las clases económicamente dominantes. Ocurre que, en épocas normales, ese instinto político se sumerge en la gran masa por debajo del umbral de la conciencia. En tal situación, la función específica de las clases económica y políticamente dirigentes de ser portadoras de la conciencia política es la única razón que puede justificar políticamente su existencia (Weber, 2003a: 36).

En síntesis, Weber no sólo impugna a nivel teórico la tópica marxista de la infraestructura/superestructura (el Estado como instancia superestructural jurídica y política que se funda sobre la base económica) (Marx, 1990) sino que además justifica para ciertas circunstancias el liderazgo político de las clases económicamente dominantes, en tanto son las de mayor «madurez» política.

Según Portantiero, la crítica principal de Weber al paradigma marxista se vincula con esto. Al privilegiar el marxismo el conflicto entre clases por sobre el resto de los conflictos sociales, se empobrece, para Weber, la posibilidad de conocimiento de la compleja articulación de la sociedad. Su proceso teórico, en cambio, avanzaría de lo político a lo económico.

[Weber] había asimilado la lección que acerca de la relación entre economía y Estado proporcionaba el desarrollo capitalista 'tardío' de Alemania. La reflexión sobre esa revolución desde arriba encarnada en el 'canciller de hierro' ('el Estado alemán no ha sido fundado por la fuerza autónoma de la burguesía') habrá de contribuir a alejarlo de concepciones teóricas calificadas como sociocéntricas —marxismo y liberalismo— y, de alguna manera, a invertir este esquema, pero no para fundar una metafísica del Estado sino una sociología de éste [...]. La distinción entre poder económico y poder político, con la posibilidad empírica de otorgar primacía al segundo sobre el primero —lo que será una clave central de su sociología— está afincada en el examen del 'caso' alemán que, por otra parte, iba a ser mucho más regla que excepción en los procesos de desarrollo capitalista (Portantiero, 1982: 433).

Pero si ya en ese escrito de juventud Weber se distancia de la concepción materialista del Estado, es recién hacia el final de su vida que elabora un concepto de Estado propio, una noción *no clasista* del Estado, que se centra en la *legitimidad* de esta asociación política, y en su medio específico, la coacción física, subrayando la dificultad de definir al Estado por sus *fin*es o funciones (como lo hace la teoría marxista, que alude a la dominación de clase o a la reproducción del capitalismo). En *La política como profesión* advierte:

El Estado moderno es aquella comunidad humana que ejerce (con éxito) el monopolio de la violencia física legítima dentro de un determinado territorio (esta es otra de las características de la institución estatal). En consecuencia, el factor específico de nuestra época es el siguiente: a las otras instituciones y a los individuos sólo se les atribuye el derecho a la violencia física hasta donde lo permite el Estado. Este es considerado como la única fuente de la que emana el 'derecho' a la violencia (Weber, 1983: 65).

Es decir que, además del anclaje territorial, dos elementos son componentes fundamentales de la idea weberiana de Estado: el uso de la fuerza y la legitimidad. Algunos interpretan que la inclusión del primer elemento (la coacción), acerca a Weber de alguna manera a la consideración marxista del Estado. De hecho, al ocuparse del tema Weber cita a Trotsky, que en Brest-Litovk dijo: «todo Estado se basa en la fuerza», y le da la razón. No obstante, advertimos en primer lugar que la aceptación de la existencia de violencia no implica necesariamente que se piense en una violencia de clase, en un poder clasista, lo cual es un aspecto cardinal de la concepción de Marx y Engels. En Weber, el poder remite a las personas (comunidad humana, grupo de hombres), no a las clases. No es la capacidad de una clase para realizar sus intereses. Como sugiere Nicole Laurin-Frenette, en su sociología subyace una concepción «psicológica» del poder y la dominación, en la medida en que «el individuo es su portador y su instancia determinante» (Laurin-Frenette, 1989: 88-89).

En los escritos políticos de Weber, el Estado aparece como una asociación política autónoma, susceptible de ser analizada con independencia de la lucha de clases. El poder político no se funda para él en las relaciones de clase, que tienen su base en la producción. En este sentido podríamos sostener que la diferencia entre su consideración del Estado y la de Marx y Engels estriba más en lo que no dice (en lo que no se incluye en su concepto: su «naturaleza de clase»), que en lo que dice, más en sus elementos *ausentes* que en los presentes.

Pero en segundo lugar, otro obstáculo fuerte para conciliar su concepción del Estado con la de Marx es el segundo y quizás principal componente de la definición al que aludíamos recién: el de la legitimidad. Se trata de una violencia *legítima*, ejercida con «derecho», admitida como legítima por los propios dominados. El dominio para Weber es dominio lícito: implica aceptación, consenso, un mínimo de voluntad de obediencia por parte de los dirigidos. La legitimidad de la asociación política está conferida por todos y cada uno de los que se someten a su autoridad. Por eso su tipología de la dominación (dominio tradicional, carismático y legal), que ocupa un lugar tan decisivo en su aparato conceptual, es construida según el criterio de los *fundamentos de legitimidad* de cada tipo. Como él mismo manifiesta: «la idea

de legitimidad y su justificación interna son determinantes para la estructura de poder» (Weber, 1983: 67).

Entonces, si el dominio es legítimo y la legitimidad está acordada por los propios dominados, el Estado no puede ser pensado como «fuerza pública organizada para la esclavización social» o «violencia organizada de una clase para la opresión de otra» (Marx y Engels, 1998: 123) como dice *El manifiesto comunista*. En realidad, la idea de dominio legítimo se enfrenta a la idea materialista del Estado como máquina del *despotismo* de clase y del Estado capitalista como dictadura de la burguesía. En cierto sentido podría decirse que el enfoque de Weber remite a la teoría de la legalidad del poder del Estado, en donde éste representa o puede representar a la sociedad en su conjunto y no a la clase dominante.

Esta idea del Estado está constitutivamente ligada a otro asunto principal del debate Weber-Marx: el de la «autonomía» de la política respecto de la economía. En oposición a la idea de la determinación en última instancia de la superestructura jurídico-política e ideológica por la infraestructura económica, Weber *escinde los distintos órdenes sociales* y, desde una perspectiva que carece de una idea fuerte de «totalidad», reivindica la *independencia de la política*.

No es un tema menor éste de la independencia del orden político, para entender la concepción de Weber y su vínculo con la teoría marxista. En un artículo sobre la teoría marxista de la política, Atilio Borón destaca la originalidad del materialismo histórico respecto de toda la ciencia política conservadora. Para el marxismo —asevera— ningún aspecto de la realidad social puede teorizarse al margen o con independencia de la totalidad de la que forma parte. La política no se explica mediante un conjunto de «variables políticas». En cambio, dice, la ciencia política y el saber convencional de las ciencias sociales teorizan sobre «la política», asumiendo que ella existe en una especie de «limbo» puesto a salvo de las prosaicas realidades de la vida económica. Mientras que para la teoría marxista la separación entre «cultura», economía, política, sólo puede tener una función «analítica» (recortes conceptuales para delimitar campos de reflexión), autores como Weber, Parsons o Luhman reifican esa distinción metodológica otorgándoles a las distintas dimensiones de lo social una autonomía real:

Es por eso que los beneficios que tiene esta separación analítica de las 'partes' que constituyen el todo social se cancelan cuando el analista 'reifica' esas distinciones y cree, o postula, como en la tradición liberal-positivista, que los resultados de sus planteamientos metodológicos adquieren vida propia y se constituyen en 'partes' separadas de la realidad, 'sistemas' (como en Parsons o Luhman) u 'órdenes' (como en Weber) comprensibles en sí mismos con independencia de la totalidad que los integra y por fuera de la cual no adquieren su significado y función (Borón, 2006: 186).

Es importante destacar por último, respecto de su «sociología de la dominación», que los *tipos ideales de dominio* construidos por Weber (según el criterio de los *motivos* de obediencia) reemplazan en cierta manera a los *modos de producción* a partir de los cuales el marxismo ha periodizado la historia (asiático, esclavista, feudal, capitalista), y que esto también es un corolario de ese mecanismo inverso al del marxismo que mencionábamos, y que consiste en arrancar el análisis desde lo *político* y desde ahí llegar a lo *económico*.

7. Tanto la teoría de Marx y Engels como la sociología de Weber atestiguan una tenaz preocupación por explicar el capitalismo, su génesis y funcionamiento. Pero sus respuestas son dispares. El análisis del capitalismo de *La ética protestante* o el de *Historia económica general*, le permite al autor desplegar sus críticas a la teoría marxista. Ante la cada vez más difundida interpretación «económica» del materialismo histórico, Weber edifica, unas décadas después, una explicación *pluricausal* del capitalismo moderno, pero que en definitiva enfatiza el rol de la ética religiosa del protestantismo como palanca decisiva para su conformación.

Si en su capítulo sobre «La llamada acumulación originaria» Marx desenmascara la ideología de los economistas que consiste en explicar el nacimiento del capitalismo por el *ahorro* del primer capitalista, que habría trabajado y separado el dinero para la constitución del primer capital, Weber en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* restaura algo de esta representación.

Marx denuncia la mixtificación burguesa que busca los orígenes de la primitiva acumulación en la existencia de una minoría trabajadora, inteligente y ahorrativa, frente a un tropel de derrochadores y haraganes. Contra ese relato idílico que encuentra el origen del capital y del capitalismo en el ahorro individual de algunos hombres, Marx apunta que en realidad el capitalismo sólo pudo nacer en las sociedades occidentales después de una enorme acumulación de dinero entre las manos de algunos «hombres con escudos» y que esta acumulación fue el resultado brutal de siglos de bandolerismo, robos, correrías y masacres de pueblos enteros. Es gracias a estos medios violentos con que se realizó la acumulación primitiva (y también gracias a la existencia de una masa de «trabajadores libres» y de los descubrimientos tecnológicos) que pudo nacer y desarrollarse el capitalismo, considera Marx.

Muy lejos de esta tesis sobre los orígenes históricos del capitalismo se sitúan las consideraciones de Weber, ya que en la segunda parte de *La ética protestante* vuelve a poner el acento en el «ahorro», como lo hicieron los representantes de la economía política, para explicar la acumulación de capital.

Según su análisis, las ideas ascéticas del protestantismo tienen como efecto psicológico sobre los individuos destruir los pruritos que la ética tradicional tenía contra la aspiración a la riqueza, a la vez que impedir el goce desproporcionado de ésta mediante su uso irracional. Luego, «si a la estrangulación del



consumo juntamos la estrangulación del espíritu de lucro de todas sus trabas, el resultado inevitable será la formación de un capital como consecuencia de esa coacción ascética para el ahorro» (Weber, 2003b, 205-206).

Sintetizando: en tanto para Marx el capital viene al mundo «chorreando sangre y lodo por todos los poros, desde los pies a la cabeza», Weber resalta en su formación la influencia de cierta ética religiosa, indicando que es la *coacción ascética para el ahorro* lo que en ocasiones determina fatalmente la acumulación de capital.

Quizás por ello Lukács sostuvo que la teoría de la acumulación originaria es la verdadera piedra de escándalo para los sociólogos alemanes (el más influyente, Weber), que crean nuevas hipótesis y teorías como «sustituto sociológico» de aquella (Lukács, 1968: 489).

En tercer lugar, el capitalismo es sólo en apariencia el objeto *común* de ambas teorías, en la medida en que Marx y Weber se interesan en dimensiones distintas, o mejor, lo entienden de maneras distintas. En otras palabras, ambos pensadores no sólo difieren en la interpretación del *origen* del capitalismo, o en el diagnóstico respecto de sus posibilidades *futuras*, o en la actitud más o menos *condenatoria* hacia este sistema, sino también, y principalmente, en sus perspectivas teóricas sobre el mismo. Marx analiza el modo de producción capitalista desde el punto de vista del *antagonismo de clases*: dicho régimen descansa para él en la *contradicción trabajo asalariado-capital*. Para Weber, en cambio, la característica decisiva del moderno capitalismo es la *racionalidad*, el *cálculo*, es decir, un *tipo de organización* que comparte con el Estado moderno. Esto explica que el primero se pregunte por los mecanismos de la *explotación* capitalista, por la *plusvalía*, y que el segundo, en su *Sociología industrial*, adopte el punto de vista de la *rentabilidad* y se preocupe por las diferencias de *aptitud laboral* entre los obreros o las fluctuaciones en su *rendimiento* (Weber, 1994).

8. Por último, un costado no menor de la disputa de Weber con el marxismo lo constituyen sus expectativas respecto de una posible organización socialista de la sociedad. Lo que resulta primordial de su proyección es que el «socialismo del futuro» no podría *eliminar las desigualdades* entre individuos y clases ni la dominación del hombre sobre el hombre porque está destinado a seguir la senda de la burocratización.

La idea fuerte de la conferencia sobre *El socialismo* es que la estructura *burocrática*, con su cuerpo de funcionarios a sueldo y su especialización profesional cada vez más intensa, es inevitable en el Estado moderno, independientemente de su carácter capitalista o socialista. Y lo mismo sucede con la economía. Sin la burocracia —afirma— es imposible dirigir la economía moderna, dada la mayor eficacia de este tipo de acción conjunta. Ya sea que las empresas sean explotadas por empresarios privados o por el Estado, el trabajador no será dueño de los instrumentos con que produce, ni consiguientemente, del producto. En palabras de Weber:

Este estado fundamental de las cosas no cambia lo más mínimo cuando se sustituye a la persona que rige dicho aparato; cuando, por ejemplo, manda en él un presidente estatal o un ministro, en lugar de un fabricante privado. La 'separación' de los medios de producción persiste en cualquier caso. Mientras existan minas, altos hornos, ferrocarriles, fábricas y máquinas, nunca serán propiedad de uno solo o de varios obreros en idéntico sentido a como los medios de producción de un ramo artesanal eran en la Edad Media propiedad de un maestro gremial, de una cooperativa artesana local o de todo un gremio. Esto es algo que queda excluido por la naturaleza misma de la técnica moderna (Weber, 2003c: 230).

Es decir, la especialización de tareas, los incentivos, la disciplina, la organización jerárquica y el ejercicio del poder son inevitables en la organización económica y política de toda sociedad de masas. En consecuencia, el tránsito de una estructura capitalista a una socialista supone transformaciones menos radicales de lo que los comunistas creen.

Este aspecto de la relación Weber-Marx ha sido uno de los más evocados por los teóricos del siglo xx. A decir verdad, ya Parsons antes que muchos otros advirtió que Weber,

en contraposición a Marx y a la mayoría de las teorías 'liberales', minimiza fuertemente las diferencias entre el capitalismo y el socialismo, haciendo más bien hincapié en su continuidad. La organización socialista no sólo dejaría intacto el hecho central de la burocracia sino que acentuaría grandemente su importancia (Parsons, 1968: 631).

El capitalismo lleva a su máxima expresión la racionalidad y la dominación burocrática e impersonal. A pesar de sus reparos para con las filosofías de la historia universal, es difícil negar que existe en Weber un «sentido» que orienta la historia en toda su extensión. Este sentido o idea-fuerza es la creciente *racionalización*. Si el capitalismo es el coronamiento de este proceso, el socialismo no puede representar un cambio drástico sino sólo una variante de dicha tendencia burocratizadora.

Pero al operar de esta forma —podemos intuir—, al convertir las condiciones de la producción industrial moderna en una constante, en un destino fatal, Weber eterniza relaciones que son históricas, las relaciones del capitalismo. Es decir que, en este sentido, hace lo mismo que Marx le cuestionara a los economistas modernos: naturalizar la producción capitalista, demostrar «la eternidad y la armonía de las condiciones sociales existentes» (Marx, 1984: 37).

Esa subestimación de las diferencias entre capitalismo y socialismo es teóricamente posible, en Weber, desde el momento en que *escinde* las *condiciones de producción*, la organización técnica de la misma, el «aparato» de la gran industria, de las *clases* o relaciones de clases, priorizando a las primeras

como variable de análisis. Si en los desarrollos teóricos del marxismo, las relaciones de producción no son algo que se agrega a las fuerzas productivas o al proceso de trabajo como simple «forma», en el razonamiento weberiano la organización de la producción de la gran industria es, en cambio, «independiente» de la alternativa capitalista o socialista. En el caso de Marx, el núcleo del todo social lo constituyen las *relaciones de producción*, las relaciones de clase: en ellas se encuentra el secreto más íntimo, «la base oculta de toda la construcción social» (Marx, 1982b: 733). En el caso de Weber, no es la contradicción de clases sino la *organización racional burocrática* el atributo principal de la sociedad moderna.

Hemos intentado, a lo largo del artículo, revelar cuáles son los ejes temáticos alrededor de los cuales se estructura el debate de Weber con Marx (o con Marx y Engels), y explicarlos apretadamente. Creemos que en los ocho ejes o dimensiones señalados —algunos filosóficos, otros metodológicos y otros teórico-sociológicos— se concentra en lo esencial todo el diálogo de Weber con el materialismo histórico. Este diálogo, explícito algunas veces e implícito otras, conduce a Weber a la construcción de un corpus teórico cualitativamente diferente e incluso opuesto al de Marx-Engels, que lo convierte, junto a Marx y a Durkheim, en uno de los tres grandes clásicos de la sociología.

## Referencias

- Borón, Atilio (2005). «Max Weber y los límites del politicismo». Conferencia dictada en las Jornadas Internacionales *La vigencia del pensamiento de Max Weber a cien años de «La ética protestante y el espíritu del capitalismo»*. Buenos Aires, 5, 6 y 7 de octubre de 2005. (Apuntes propios).
- . (2006). «Teoría política marxista o teoría marxista de la política». En Atilio Borón, Javier Amadeo y Sabrina González (compiladores), *La teoría marxista hoy. Problemas y perspectivas*. Buenos Aires: Clacso.
- Duck, María Celia. (2007). «Aspectos epistemológicos y metodológicos del debate Weber-Marx». *Andamios. Revista de Investigación Social*, 4 (7).
- Freund, Julián (1986). *Sociología de Max Weber*. Barcelona: Península.
- Laurin-Frenette, Nicole. (1989). *Las teorías funcionalistas de las clases sociales*. Madrid: Siglo Veintiuno Editores.
- Luckács, Georg. (1968). *El asalto a la razón. La trayectoria del irracionalismo desde Schelling hasta Hitler*. Barcelona: Grijalbo.
- Marx, Carlos. (1982a). *El capital. Crítica de la economía política. Tomo I*. México: Fondo de Cultura Económica.
- . (1982b). *El capital. Crítica de la economía política. Tomo III*. México: Fondo de Cultura Económica.
- . (1984). *Introducción general a la crítica de la economía política/1857*. México: Ediciones de Pasado y Presente.

- . (1990). *Contribución a la crítica de la economía política*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- Marx, Carlos y Federico Engels. (1957). *Correspondencia*. Buenos Aires: Editorial Cartago.
- . (1998). *El Manifiesto Comunista*. Barcelona: Edicomunicación.
- Parsons, Talcott. (1968). *La estructura de la acción social II*. Madrid: Ediciones Guadarrama.
- Portantiero, Juan Carlos. (1982). «Los escritos políticos de Max Weber: la política como lucha contra el desencantamiento». *Desarrollo Económico* (Buenos Aires: Instituto de Desarrollo Económico y Social), 22 (87).
- Salomon, Albert. (1945). «German Sociology». En Georges Gurwitsch y Wilbert Moore, *Twentieth-Century Sociology*. Nueva York: The Philosophical Library.
- Weber, Max. (1983). «La política como profesión». En Max Weber, *El trabajo intelectual como profesión*. Barcelona: Bruguera.
- . (1990a). «La ‘objetividad’ cognoscitiva de la ciencia social y de la política social». En Max Weber, *Ensayos sobre metodología sociológica*. Buenos Aires: Amorrortu.
- . (1990b). «Sobre algunas categorías de la sociología comprensiva». Max Weber, *Ensayos sobre metodología sociológica*. Buenos Aires: Amorrortu.
- . (1994). «Introducción metodológica para las encuestas de la ‘Verein für Sozialpolitik’ (Asociación de Política Social) sobre Selección y Adaptación de los obreros en las grandes fábricas». En Max Weber, *Sociología del trabajo industrial*. Madrid: Trotta.
- . (1995). «Investigación sobre la situación de los obreros agrícolas del Este del Elba. Conclusiones prospectivas». *Revista Sociedad* (Universidad de Buenos Aires), 7.
- . (1997). *Historia económica general*. México: Fondo de Cultura Económica.
- . (1999). *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. México: Fondo de Cultura Económica.
- . (2003a). «El Estado nacional y la política económica». En Max Weber, *Obras selectas*. Buenos Aires: Distal.
- . (2003b). «La ética protestante y el espíritu del capitalismo». Max Weber, *Obras selectas*. Buenos Aires: Distal.
- . (2003c). «El socialismo». En Max Weber, *Obras selectas*. Buenos Aires: Distal.
- Wright, Erik Olin. (2002). «The Shadow of Exploitation in Weber’s Class Analysis». *American Sociological Review*, 67.

\*\*\*

RECIBIDO 1/10/08 • ACEPTADO 1/12/08

MARÍA CELIA DUEK es argentina, doctora en Ciencias Políticas y Sociales y magíster en Ciencia Política y Sociología. Es profesora adjunta a car-

go de la titularidad de «Teoría Sociológica Clásica», en la Universidad Nacional de Cuyo. Autora del libro *Clases sociales: teoría marxista y teorías funcionalistas* (Buenos Aires, Libronauta, 2005) y del artículo «Aspectos epistemológicos y metodológicos del debate Weber-Marx» (2007, *Andamios, Revista de Investigación Social*, UAC México). Coautora del libro *La construcción del objeto de la sociología en los clásicos* (2000, Mendoza) y de los artículos: «Individualismo metodológico y concepción del Estado en Max Weber» (2005, *Universum. Revista de Humanidades y Ciencias Sociales*, Universidad de Talca, Chile); «La teoría de la estratificación social de Weber: un análisis crítico» (2006, *Revista Austral de Ciencias Sociales*, Universidad Austral de Chile). Su correo electrónico es celiaduek@fcp.uncu.edu.ar.